

AMAR Y SERVIR A CRISTO

Con mirada ignaciana

AMAR Y SERVIR A CRISTO

Fernando Montes S.J.

Ediciones Universidad Alberto Hurtado
Alameda 1869 – Santiago de Chile
mgarciam@uahurtado.cl – 56-228897726
www.uahurtado.cl

Impreso en Santiago de Chile
Primera edición de 1.000 ejemplares: septiembre 2014

ISBN libro impreso: 978-956-357-000-7
ISBN libro digital: 978-956-357-001-4
Registro de propiedad intelectual N° 243221

Dirección editorial
Alejandra Stevenson Valdés

Editora ejecutiva
Beatriz García-Huidobro

Diseño de la colección y diagramación interior
Francisca Toral

Imagen de portada: Latinstock



Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

AMAR Y SERVIR A CRISTO

Con mirada ignaciana

Síntesis de espiritualidad ignaciana

Fernando Montes S.J.



EDICIONES
UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO

*Con agradecimiento a mis hermanos jesuitas
a quienes tanto les debo.*

ÍNDICE



INTRODUCCIÓN.....	11
IGNACIO DE LOYOLA. EVOCACIÓN FILIAL DE SU IMAGEN.....	15
LA CONVERSIÓN DE SAN IGNACIO:	
UN MODO DE COMPRENDER SU CARISMA.....	23
CARACTERÍSTICAS ESENCIALES Y ALGUNOS CONSEJOS	
DE LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA.....	39
- DOS EXPERIENCIAS FUNDANTES UNIFICADAS.....	41
- CONOCIMIENTO INTERNO DEL SEÑOR QUE POR MÍ SE HA HECHO HOMBRE PARA QUE MÁS LE AME Y LE SIGA.....	45
- CUATRO PREGUNTAS ESENCIALES PARA CAMINAR.....	47
- PERSONAS CAPACES DE BUSCAR Y HACERSE PREGUNTAS.....	50
- SUEÑO Y REALIDAD (UTOPIÍA Y POLÍTICA).....	53
- ASCENDER ES DESCENDER.....	55
- ORDENAR MÁS QUE CORTAR.....	58
- SANAR LA MEMORIA Y SANAR LA ESPERANZA.....	61
- DISPUESTOS A SALVAR MÁS QUE A CONDENAR.....	64
- NO EL MUCHO SABER HARTA Y SATISFACE EL ALMA.....	67
- GUARDARSE DE LAS ILUSIONES.....	70
- EL MAL QUE SE DISFRAZA DE BIEN.....	72
- EN TIEMPO DE DESOLACIÓN NO HACER MUDANZA.....	77
- SI QUIERES SER FELIZ, SÉ SIEMPRE HUMILDE.....	79
- INSTRUMENTO EN LAS MANOS DE DIOS.....	81
- AMAR A DIOS EN TODAS LAS COSAS Y A TODAS LAS COSAS EN DIOS.....	84
- CONTEMPLATIVOS EN LA ACCIÓN.....	86
- UNA ESPIRITUALIDAD EN TENSIÓN DIALÉCTICA.....	89
- MARÍA NOS PONE JUNTO A SU HIJO.....	92
- PROCURAR QUE EN LA MUERTE SEA DIOS GLORIFICADO.....	95



VISIÓN IGNACIANA DE LA MISIÓN: UNA RELACIÓN LEAL	
ENTRE PERSONAS.....	97
REGLAS PARA SENTIRSE IGLESIA:	
COMENTARIO A LAS REGLAS DE SAN IGNACIO Y A SU SIGNIFICADO	
PARA EL DISCERNIMIENTO DEL LAICO EN LA IGLESIA ACTUAL.....	109
DIMENSIÓN PEDAGÓGICA DE LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA	
(A MODO DE SÍNTESIS Y EPÍLOGO).....	147
NUESTRA IDENTIDAD Y MISIÓN.....	149
ESPIRITUALIDAD IGNACIANA Y EDUCACIÓN.....	169

INTRODUCCIÓN



Deseo presentar en estas páginas una especie de síntesis de la espiritualidad de san Ignacio. Ella es fruto de un sentir y gustar en la meditación los textos fundamentales que contienen dicha espiritualidad: los Ejercicios, las Constituciones de la Compañía de Jesús, la autobiografía de Ignacio y su diario espiritual, sus cartas. Estas páginas expresan también una ya larga experiencia vivida donde las gracias recibidas, las alegrías y las penas, las debilidades personales, el contacto con hombres memorables como el Padre Arrupe y muchos otros, dejaron en mí una huella imborrable. Se resume aquí lo que aprendí durante mi formación y en los años en que fui formador y superior, y muy especialmente lo que he vivido como religioso dedicado a una vida apostólica. Me atrevo por eso a contar en estas páginas muchas experiencias personales y hasta familiares que sitúan mi interpretación.

He experimentado los profundos cambios de la Iglesia y de la Compañía previos y posteriores al Concilio. Ellos nos obligaron a volver a las fuentes, a redescubrir lo esencial para vivir hoy la espiritualidad ignaciana en medio de un mundo convulsionado que nos llenó de preguntas, desconciertos y dudas. Gracias a esa espiritualidad tales cambios se convirtieron en una esperanza que deseo compartir.

Una espiritualidad es un modo de vivir el cristianismo, un modo de situarse ante Dios, ante los demás, ante el mundo y ante uno mismo. La espiritualidad cristiana está íntimamente ligada a la comprensión que tenemos de la Iglesia y su misión. Ella es mucho más que un área específica del pensamiento teológico, como lo son la cristología, la escatología o la eclesiología. Ella se refiere a un conjunto de actitudes y creencias que caracterizan la vida de



una persona o un grupo. Ella supone también una manera de leer e interpretar la palabra de Dios. Por su esencia, está ligada a la praxis pues no es teoría sino realidad vivida.

Toda espiritualidad cristiana tiene que ser fiel al Evangelio de Jesús, a su vida y a sus enseñanzas. Sin embargo, por la hondura y riqueza de ese mensaje existen en el cristianismo diversas espiritualidades que, sin dejar de ser fieles al conjunto, pueden acentuar algunas notas de la experiencia de Jesús para leer y vivir desde ellas ese conjunto y llevarlo a la vida práctica. El camino de Ignacio es una de esas espiritualidades que ha dado muchos frutos de santidad en la Iglesia. Creo que esa espiritualidad es especialmente significativa para el momento actual porque fue vivida y expresada en tiempos de profundos cambios como el nuestro.

Presentaré una evocación filial de la figura de Ignacio y el largo camino de su conversión. Propondré una serie de puntos que me parecen medulares y que pueden ser consejos actuales para enfrentar la vida y vivir el cristianismo. Al final dedicaré una atención especial al concepto de Misión y al modo de ser Iglesia. El último capítulo recoge una conferencia dada en Uruguay y otra dada en un encuentro latinoamericano de educación jesuita. Estas conferencias de algún modo resumen mucho de lo escrito en las páginas precedentes y constituyen una especie de epílogo pedagógico.

Algunas de estas páginas fueron escritas hace ya años, o reproducen charlas dadas en las más diversas circunstancias. Por eso es comprensible y hasta normal que haya repeticiones. Luego de pensarlo decidí no omitir tales repeticiones porque cada capítulo es una unidad en sí y puede ser leído independientemente. Suprimir pasajes dejaría los documentos truncos y por otra parte las repeticiones permiten acentuar los puntos fundamentales. Los antiguos decían “*bis repetita placebunt*”. Las cosas repetidas hacen gustar.

Es normal que esas páginas hagan referencias a nuestras actuales circunstancias porque no pretenden ser una exposición abstracta y atemporal de la espiritualidad ignaciana, sino una lectura actual de ella.

IGNACIO DE LOYOLA.
EVOCACIÓN FILIAL DE SU IMAGEN



IGNACIO DE LOYOLA. EVOCACIÓN FILIAL DE SU IMAGEN¹



Queremos evocar a san Ignacio. Su figura ha sido redescubierta en estos tiempos de cambio y de crisis. Hay elementos en su tesitura espiritual que lo hacen muy cercano de todos los que buscan y de los que, por amor al Señor, quieren hacer un mundo más justo y más humano.

Estas líneas tienen algo de testimonio personal y necesariamente al evocar, revelan el ángulo desde el cual he mirado y me he dejado influir por Ignacio.

No se trata ahora de recordar su obra ni menos de rehacer su vida. Quisiéramos iluminar el lado oculto y dejar a la vista la fuente originante de la cual ha emanado tanta santidad en la Iglesia.

La huella de Ignacio ha marcado el camino a muchos que han llegado a ser mártires y santos. Atraídos por el fuego de este hombre, discípulos esparcidos por toda la Tierra dejaron su hogar, sus bienes y su vida para servir a los hombres y a su Dios... el santo les enseñó que para un cristiano hay un estrecho lazo entre estos dos servicios.

En los últimos años mucha gente que busca, muchos que quieren aclarar para qué viven y cómo darle fecundidad a su vida, muchos que quieren encontrarse con Dios en la oración y descubrir modos de discernir lo que el Señor les pide, se vuelven a Ignacio como maestro y guía.

¿Dónde está su secreto? ¿En qué lugar su fuerza?

¹ Publicado en revista *Mensaje* Nº 381, agosto 1989.



CAPAZ DE SOÑAR EN TIEMPOS DE CONFLICTO

Ignacio vivió en tiempos difíciles; la Iglesia dividida se mostraba incapaz de iluminar con el Evangelio los cambios que emergían. Europa en convulsión rompía los lazos de su fe y su unidad política. América y Oriente descubiertos, invadían el mundo destruyendo estrecheces y ensanchando horizontes.

Entonces, en el comercio se aprendió a trampear y los cristianos no tuvieron pudor en trocar metal por piedras de abalorio.

Era el fin de una época, o mejor dicho, el nacer de otro mundo.

Perdido y silencioso, un hombre pequeño de estatura andaba por Europa. Era un mendigo solitario y soñador: un caballero andante.

Hoy, cuando la raza de los caballeros andantes que sueñan y que sirven a sus damas se ha extinguido, nos cuesta entender la intimidad de ese hombre que se llamó a sí mismo El Peregrino.

Íñigo López de Loyola había sido cortesano y caballero. Alcanzado por Dios en una noche de oración, colgó su espada a los pies de la Virgen, dejó sus ropas de señor, se hizo pobre e inició una aventura de andariego que a los ojos del mundo fue locura. ¡Qué poco se ha entendido esa noche en vela en la que Ignacio se armó caballero desarmándose! Trastocó la esencia de la caballería andante conservando su alma y poesía... y fue desde entonces ante todo compañero de Jesús.

En medio del ayuno y penitencia cultivó la amistad con su Señor Jesús. Quiso seguirlo a Él, comer y conversar como Él, acompañarlo en los momentos duros y estar con Él en los momentos de gloria. Todo lo que tenía, todo lo que era y esperaba ser, se lo entregó a Jesús para labrar junto con Él un mundo diferente.

Más que guerrear quiso servir y seguir un ideal. En esa perspectiva se trastorna la lógica del hombre: cuenta más ser pobre que ser rico; por amor a Jesús es preferible elegir lo más débil. En este batallar del caballero cuenta más el temple del amor, la calidad del alma que el temple del acero.

En este caminar Dios fue forjando un santo. Poco a poco se fue armando por dentro, en una experiencia espiritual íntima e inédita

en la que Dios le enseñaba como un maestro de escuela enseña a un niño.

Humilde y desconocido, hablando con su Dios, Ignacio fue borrando las huellas de nobleza mundana que le quedaban, sin abandonar nunca su finura humana. De ella dan testimonio múltiple los que con él trataron.

El Señor se fue haciendo más y más el centro. No tuvo otro objetivo ni otra meta que la gloria de su Dios.

El caballero andante, que en un momento había llenado su cabeza con la lectura de libros de caballería, como más tarde don Alonso Quijano (El Quijote), cambió sus referencias y fue poblando su voluntad y mente de sueños y proyectos para servir a Dios. Nada lo atemoriza: Dios se merece todo. Se fue haciendo cada día más libre para preguntarle a su Señor qué esperaba de él, a qué lo destinaba.

Si largo fue su caminar por Europa y Asia, más largo fue el camino interior. Fueron años de silencio, años de despojo, años de hacerse pobre y de buscar.

Al despojarse de todo san Ignacio descubrió que Dios, a su vez, le regalaba con ternura todas las cosas sobre la faz de la Tierra. Despojado de todo, siendo libre lo recibía todo. Entonces descubrió que debía usar de aquellas cosas para amar y servir a su Señor. Se dio cuenta de que la verdadera santidad no consistía en despreciar a las creaturas sino en ordenar su corazón y en disponer de ellas como un hijo.

En su actitud contemplativa él percibió que el mundo salía de Dios y al Señor volvía... y que él era, en parte, responsable del retorno. Él comprendió que debía ser colaborador de Jesús en esa tarea... por eso su capacidad de soñar grandes cosas jamás fue una evasión. Tal vez aquí está uno de sus secretos: el conjugar en armonía sueños y realidad.

El amor a Dios lo hacía volar alto y el amor a Jesús lo obligaba a encarnarse asumiendo la lógica del grano de mostaza... la lógica del Verbo. San Ignacio es el santo de la encarnación. Tuvo su patria en el corazón mismo de la trinidad... pero vivió codo a codo con



“los que nacen y con los que mueren; con los que ríen y con los que lloran”. Su horizonte fue la redondez de la Tierra.

Para colaborar en la tarea de Dios, es normal que El Peregrino haya decidido formar el instrumento, preparar su persona para el trabajo y haya emprendido una aventura aparentemente absurda de volver a ser niño para estudiar las letras.

REHACIENDO UNA IMAGEN

Pocos hombres en la historia han visto su imagen tan distorsionada con los años. Sus discípulos, entusiasmados con él, desatendieron su perfil humano y temerosos de malos entendidos y de verlo acusado de herejías, ocultaron su talante místico. Resulta casi incomprendible que su autobiografía, verdadera joya espiritual, quedara relegada en el olvido por más de tres siglos. Pero más injusto es verlo presentado como un guerrero implacable, un hombre duro, frío, militar y estratega que organiza batallas.

La imagen que yo tengo de él como discípulo es, en verdad, distinta... y creo que se ciñe de más cerca a la verdad y a la historia.

Al contemplar una estatua recién hecha del santo, alguien comentaba hace poco que le parecía extraña la mirada dulce que tenía, pues imaginaba que el fundador de la Compañía debería tener ojos inteligentes y acerados, con el vigor hierático de un líder. Extraña paradoja: quienes lo conocieron se impresionaron por su mirar hondo lleno de paz y de bondad irradiante.

Sus hijos y antiguos compañeros lo adoraban. Láinez, su sucesor como superior general de la Compañía, dirá de él que “tenía muchas cosas que lo hacían muy amado”.

Pocos saben con cuánto cariño casi maternal cuidaba a los enfermos y a los débiles. Para él cada uno era una persona. Era prodigiosamente adaptable a la condición de cada cual. Todos son concordantes en resaltar su delicadeza aun en el corregir los errores y faltas.

La Iglesia le impuso la obligación de cumplir las tareas canónicas de un superior de orden religiosa, encargado de escribir las constituciones, de velar por el orden y la disciplina de la comunidad.

Ignacio quedó en cierta manera prisionero, ya que el éxito que a lo largo y ancho del mundo tuvo la Compañía de alguna manera devoró a este hombre tan poco inclinado a hablar de sí mismo. Ignacio fue modesto y recatado, guardaba con celo su secreto interior. Nunca aceptó que la Compañía por él fundada llevara su nombre... ni que los jesuitas reconocieran otro nombre que el de Jesús. Hasta la misma fundación de la Compañía fue fruto de discernimiento común de los primeros compañeros y no voluntad impuesta por Ignacio.

No muchos saben que Ignacio lloraba cada día al hablar con su Dios y Señor y que era un hombre de mística profunda.

A san Ignacio nos lo arrebató el barroco.

Este vasco, sobrio en extremo, parco y delicado, ha sido representado por los siglos en cuadros y en estatuas con gestos ampulosos y con signos de victoria.

¡Qué impactante contraste entre su aposento pobre y estrecho que aún conservamos y su tumba rutilante de bronces, mármoles, lapislázuli y plata! ¿Cómo pudo el cariño o tal vez el orgullo cambiar de tal manera la recta perspectiva? Ignacio, que vivió modesto a pesar del cariño y admiración que suscitaba, murió en la sencillez, sin molestar a nadie, sin hacer ruido. En extrema pobreza dio el último paso de su peregrinar... entonces al contemplar a Dios comprendió que sus sueños grandes de caballero andante podían ser mayores: *Deus semper maior...* Dios es siempre más...

EL SECRETO DE SU ACTUALIDAD

Hay un misterio grande en este hombre que hace ya cinco siglos vivió una experiencia espiritual y humana de sorprendente intensidad. Su honestidad, su búsqueda, su capacidad de discernir y de encarnarse en medio de un tiempo de conflictos, lo hacen inmensamente actual.

El joven que yo era tuvo, como muchos otros, su primer contacto con Ignacio a través de los Ejercicios Espirituales que en ese tiempo apenas pudo comprender. Pero algo muy profundo quedó



allí iniciado. Vinieron más adelante las grandes crisis de la Iglesia, las teologías varias de la muerte de Dios y de la secularización; vinieron las lecturas de Camus, de Hesse, de Nietzsche, de Marx y de tantos otros que esparcirían por el aire los restos de un mundo en extinción... En medio de tanta barahúnda, sin escapar a la tormenta —porque un hijo de Ignacio no arranca ante el conflicto—, lo que dejó ese encuentro, la semilla ignaciana, fue más fuerte: allí quedó el amor a Jesucristo; la fidelidad humilde a la Iglesia jerárquica; en medio de la tormenta quedó firme la claridad del fin al que marchamos y la esperanza última de que todo va hacia allá.

Ignacio no se entiende si no es a partir de su amor profundo y personal a Jesucristo; de su deseo de imitarlo y de seguirlo en todo. Su solidez, más que en la disciplina, está en la profundidad de su identidad con Jesús. Desde ahí pudo tener la libertad de un hijo para buscar los medios más adecuados según “tiempos, lugares y personas”.